

# Estados de negación. Ensayo sobre atrocidades y sufrimiento

Stanley Cohen,  
Departamento de Publicaciones, Facultad de  
Derecho, Universidad de Buenos Aires. Buenos  
Aires, 2005.

---

Por *Damián R. Muñoz*



Pascual Guerrieri, ex-integrante del Batallón de Inteligencia 601 y jefe del centro de detención, tortura y exterminio de personas conocido como “Quinta de Funes” durante la última dictadura militar, se encuentra imputado por graves delitos de lesa humanidad y, por tal motivo, se había dispuesto su prisión preventiva, bajo la modalidad “domiciliaria”.

Hasta que un día –vaya uno a saber cuántas veces ello habrá sucedido– el imputado Guerrieri fue descubierto e interpelado por un periodista, mientras viajaba ilegítimamente a bordo de un remise. El periodista lo confrontó con los secuestros, torturas y homicidios que se le endilgan y, sorprendente y cobardemente, el imputado respondió: “*Yo no soy yo*”. Además de negar y negarse, por si fuera poco, evidenciando un serio problema de identidad (propia y ajena), le exigió los docu-

mentos al periodista. Un verdadero desquicio: el sujeto que niega ser quien es, le exige al sujeto que lo descubre que se identifique. Seguramente, el negado haya reencontrado su identidad cuando, a raíz de su comportamiento, el juez de la causa revocó el beneficio concedido y lo trasladó al Complejo Penitenciario de Marcos Paz.

Este suceso, anclado en esa difusa frontera entre pasado y presente, resulta una interesante y útil aproximación a la obra que se comenta. Si bien se impone un urgente y profundo análisis respecto de ese latiguillo negador, en lo que aquí interesa basta con destacar algunas cuestiones que surgen de la frase “*yo no soy yo*”, proferida, precisamente, por un jerarca de la última dictadura.

En primer lugar, la frase configura una negación subjetiva. Una negación de la propia

identidad, una negación personal. Sin embargo, como el propio Cohen señala a lo largo de su obra, nunca está del todo clara la distinción entre lo público y lo privado, así como tampoco puede determinarse a ciencia cierta la separación entre pasado y presente. Y, además, Cohen destaca además las variadas e intrincadas filiaciones entre el sufrimiento personal y las atrocidades masivas. Por lo visto, todo es más complejo de lo que parece.

La aseveración “yo no soy yo” excede la negación personal. Esta negación puesta en los labios de Guerreri implica, al mismo tiempo, negar su propia responsabilidad pasada (por los delitos imputados) y presente (por la violación a la prisión preventiva domiciliaria), pero también importa negar el conjunto de sufrimientos personales causados (el dolor de cada una de sus víctimas) que, en definitiva, constituyen una parte de la atrocidad total (el genocidio ejecutado por la dictadura).

Pero esta aproximación no debe detenerse aquí. En este trágico juego de negaciones, falta una parte. Y, una vez anexada, podemos entonces construir lo que Cohen denomina el “*triángulo de la atrocidad*”, conformado por las víctimas, los perpetradores y, ahora además, los espectadores.

Es precisamente este vértice o lado en torno del cual Cohen centra el interés particular de su libro<sup>1</sup>. Y esta es una centralidad que el propio autor se encarga de aclarar, una y otra vez, a lo largo de las páginas.

En un pasaje, afirma que la reacción del “*público común... constituye mi interés real*”. Luego, haciendo apenas un leve viraje, sostiene que el tema principal “*es la negación personal de las atrocidades pasadas, públicamente conocidas*”. Más adelante, reafirma que su tema central es “*la reacción al conocimiento acerca del sufrimiento de otros*”. Unos capítulos después, ratifica que su “*interés está orientado con más énfasis hacia las personas comunes que llegan a reconocer el sufrimiento de otros y luego encuentran el canal apropiado de acción o improvisan uno propio*”. Por último, clausurando la obra, insiste sobre su obsesión, caracterizada como el “*tema de mi libro*” y descripta como los “*complejos obstáculos entre la información y la acción*”.

Planteada así la cuestión, entiendo que el desafío central de Cohen, esto es, su objetivo político, es describir, analizar y –sobre todo– revertir lo que denomina “*una versión postmoderna del estado edípico*”, consistente en “*saber y no saber al mismo tiempo, pero también no preocuparse*”. Aunque

<sup>1</sup> La incorporación de los “espectadores” al análisis remite a aquella advertencia vinculada a que “introducir a la sociedad

– a los que miran, leen y comentan

– en una ecuación hasta ahora muy limitada a administradores y depositarios del castigo implica, además, sacarla de un lugar de pureza ideológica y moral. Colocada fuera de un poder punitivo siempre imaginado estatal, la sociedad aparece habitualmente encarnada en los sectores que han sido objeto de persecución y castigo. Incluir a una franja más am-

plia, menos directamente involucrada en la operación punitiva, es sacar a sus audiencias de la pura exterioridad para interrogarse sobre su participación en el fenómeno, para autorizar el examen de las múltiples instancias sociales donde se definía cotidianamente quién era el ‘otro’ amenazante, quiénes sus castigadores legítimos y cuál el límite del sufrimiento considerado tolerable” (Caimari, Lila: *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, p. 25).

obvio, ese conocimiento, desconocimiento y despreocupación se vincula, por supuesto, al sufrimiento ajeno.

La utopía que destila el libro luego de la decantación que provoca su lectura, es la de proponer la urgente motivación o creación de sujetos en estado de “antinegación” y, de esta forma, evitar los pantanos de la negación personal y pública, pasada y presente. Y esos sujetos son los que integran los “*movimientos antinegación*”, citando Cohen a título ilustrativo a “*Black Sash en Sudáfrica, Madres de Plaza de Mayo en Argentina, Mujeres de Negro en Israel*”, destacando asimismo la característica que estos tres colectivos “ *fueron iniciados y sostenidos por mujeres*”<sup>2</sup>.

En el prólogo a la edición en español, Cohen advierte que muchas de las preocupaciones que motivaron la escritura de la obra y se analizan en ella “*resultan particularmente agudas para activistas y académicos de países que todavía tienen que enfrentar*

*las atrocidades del pasado*”, señalando las particularidades que se presentan en aquellas regiones mediante lo que denomina “*justicia en transición*”. Y en esa matriz inscribe a Sudáfrica, América latina y los países postcomunistas de Europa del Este<sup>3</sup>.

La propuesta intelectual (con expresa proyección de práctica transformadora política) del autor radica en una “*sociología de la negación*”, que permita dar cuenta de lo que “*hacemos con nuestro conocimiento sobre el sufrimiento de otros y cómo este conocimiento nos afecta*”.

A partir de allí y a lo largo de los once capítulos del libro, describe, analiza, critica e incluso –en algunos casos– justifica las diversas formas y mecanismos de negación, tanto en las esferas personales y públicas, tanto de sufrimientos y atrocidades pasadas o en curso<sup>4</sup>. Desde los dispositivos más elementales hasta los más sofisticados.

También explica y desentraña las negociaciones, ya sea en clave psicoanalítica e inclusi-

<sup>2</sup> Característica que invita a profundizar el análisis de las tensiones entre “negación” y “reconocimiento”, incluso en clave de perspectiva de género.

<sup>3</sup> Cohen afirma que la Argentina es un país especialmente apropiado para la traducción de su obra, destacando que –aquí– la transición continúa. Si bien resulta clara y sincera la apreciación, la pregunta que se impone –tanto para los países centrales como para los periféricos– es: ¿no estará toda la comunidad internacional en transición? A partir de aquella famosa frase de Adorno, “no se puede escribir poesía después de Auschwitz”, situada en la centralidad europea, Viñas recreó esa imposibilidad poética después de la ESMA, ubicada en este margen. En una geografía que unifica países débiles y poderosos, creo que inevitablemente después de Auschwitz y de la ESMA toda la cultura universal deviene “transicional”. El tema quizás radica en el lugar donde se ponen los paréntesis. Esto es, si son los genocidios los que son puestos entre paréntesis, o bien la línea de tiempo entre genocidio y genocidio. Todo parece

indicar que después de semejantes atrocidades, lo que sigue siempre será provisorio, todo estará en transición. Existen lugares desde los cuales no hay regreso posible, a lo sumo, toda construcción y reconstrucción deberá ser hecha sobre esa atrocidad. Quizás, esta –reitero– entendible y sincera expresión de Cohen, incluso, importe una suerte de “negación” inconsciente del “estado de negación” de los países centrales con relación a sus propias historias trágicas. El caso de los terribles “huecos” (en clave de historia, reconocimiento y, particularmente, justicia) que ha dejado la llamada “guerra civil española” es, acaso, un buen botón de muestra.

<sup>4</sup> Después de todo, no todas las “negaciones” poseen efectos socialmente nocivos. Resulta paradigmática aquella frase de Sartre, en punto a que “no nos convertimos en lo que somos sino mediante la negación íntima y radical de lo que han hecho de nosotros” (Sartre, Jean-Paul: prólogo a la obra de Fanon, Jean-Paul: Los condenados de la tierra, México, FCE, 3ª edición, 2001).

ve desde la psicología cognitiva (relevando así una “psicología de la negación”), ya sea en clave ideológica y política, llegando hasta el análisis –en el último capítulo– de si estamos en camino hacia “culturas de la negación” y si es posible aventurar que ese camino importe mayores o menores dosis de negación. Y, en su caso, cuáles serían las recetas para neutralizar esas mayores dosis.

Tal como se detalló más arriba y el propio Cohen señala reiteradamente, la obra gira principalmente en torno del “espectador”, al que define como un concepto tramposo, debido a que “su utilización ya implica el juicio de un testigo pasivo o indiferente. Términos como ‘observador’, ‘audiencia’, y ‘transeúnte’, en contraste, deberían ser descripciones estrictamente neutrales”. El autor realiza un interesante relevamiento de los comportamientos de los “alemanes comunes” durante el nazismo, como así también de “Israel: ¿un caso especial?” respecto de la incorporación en la trama social de la “negación de las injusticias y las heridas infligidas a los palestinos”.

Una y otra vez, Cohen vincula negación y genocidio. A tal punto que afirma que la “negación es una etapa integral en el desarro-

llo del genocidio más allá de sus ‘propósitos prácticos’; las negaciones son ‘prolongaciones de las complejas motivaciones que inspiran los genocidios en un principio”. Y esta vinculación, en nuestro caso, es decir, en la práctica de la desaparición forzada de personas ejecutada por la dictadura militar (y no sólo) argentina, reviste especiales características<sup>5</sup>.

En la recta final de la obra, el autor propone una suerte de “cambio de paradigma” frente a la cuestión de la negación. Afirma que el “problema empírico no es descubrir más evidencias de la negación, sino descubrir las condiciones bajo las cuales la información es reconocida y se permite actuar. El problema político es cómo crear estas condiciones”. Se trata de articular estrategias que tiendan a la motivación y promoción de reacciones opuestas a la pasividad. En suma, postular reconocimiento y comportamientos consecuentes.

A la hora de intentar un pronóstico, advierte sobre el serio obstáculo que constituye la lógica del libre mercado del capitalismo tardío. En tanto sistema que, por definición, niega su propia inmoralidad, “genera sus propias culturas de negación”. Así, “la estrate-

<sup>5</sup> En este sentido, Cohen explica que el “fenómeno de las ‘desapariciones’ adquiere su propia definición en la capacidad del gobierno de negar lo que ha sucedido... Los desaparecidos eran personas que podrían ser, en las palabras del comandante general Roberto Viola, ‘ausentes para siempre’... Oficialmente no estaban ni vivos ni muertos. Su ‘destino’ era ‘desvanecerse’”. Insoslayables, en este punto, resultan aquellas terribles palabras del dictador Videla cuando, en tono marcial, sostuvo que “... en tanto esté como tal, es una incógnita el desaparecido, si el hombre apareciera, bueno, tendrá un tratamiento X, y si la desaparición se convirtiera en certeza de su fallecimiento, tiene un tratamiento Z, pero mientras sea

un desaparecido no puede tener ningún tratamiento especial, es incógnita, es un desaparecido, no tiene entidad, no está, ni muerto ni vivo, está desaparecido” (citado en Jinkis, Jorge: “Ni muerto ni vivo”, en suplemento de psicología de Página/12, 03/08/06). Puede entonces hallarse en el “desaparecido” una terrible y múltiple negación: la simultánea negación de la vida y de la muerte, la negación del estar y del no estar. Una negación que implica, en sí misma, un delito terrible y que provoca su prolongación indefinida en el tiempo. Y, por ello, diluye tan contundentemente, como pocas tragedias, el difuso límite entre pasado y presente, comprometiendo -incluso- nuestro futuro.

*gia es exclusión y segregación: enclaves de perdedores y poblaciones redundantes, viviendo en la versión moderna de los guetos, lo suficientemente remotos como para que operen en ‘ojos que no ven, corazón que no siente’, separados de los enclaves de ganadores en sus centros de compras protegidos, comunidades cercadas y villas de reti-*

*ro*”. En definitiva, como afirma Cohen, “‘*Hacer la vista gorda*’ no significa literalmente no mirar; significa consentir, no preocuparse, ser indiferente. La visión física es una metáfora para la visión moral”. Ojalá, la lectura de esta obra permita adelgazar la vista física y, en consecuencia, engordar la visión moral<sup>6</sup>.

<sup>6</sup> No puedo concluir este comentario sin efectuar un señalamiento que, aunque no pretende empañar nada de la obra en cuestión, tampoco puede ser soslayado. Tanto en el prefacio como en los reconocimientos, Cohen destaca y agradece la financiación del proyecto por vía de un subsidio del Programa de Asuntos Internacionales de la Fundación Ford. Probablemente, esto constituya un sorprendente juego de negación, reconocimiento y, en definitiva, “vueltas de la vida”. Pero las preguntas que se imponen son: ¿conocerá Cohen las graves acusaciones que pesan contra diversos ex-gerentes de Ford Argenti-

na por la presunta participación en la desaparición de por lo menos veinticinco obreros desaparecidos en la planta de Pacheco, Provincia de Buenos Aires? Estas acusaciones ¿serán conocidas por la Fundación Ford? ¿Sabrán de la causa penal que se instruye al respecto, como así también de la demanda civil presentada contra la casa matriz estadounidense de Ford Motor Company y su filial en la Argentina? Una muestra, quizás, de que todo “reconocimiento” también importa una cuota de “negación”. La lógica de la negación, con distintos grados y matices, nos atraviesa a todos.